La soberbia

¡Vivan los hombres fuertes de espíritu, los hombres valerosos, los hombres que sirven a la verdad, a la justicia, a la belleza!

Nosotros no los conocemos porque son soberbios y no aspiran a ser preferidos; nosotros no vemos con qué alegría dan todas las llamas de su corazón; irradian sobre la vida ardientes rayos y dan luz a los ciegos. Sí, es necesario que los hombres reconozcan con horror cuán infausta y terrible es la vida.

¡Viva el hombre que sabe ser señor de sus deseos!

Todo el mundo vive en su corazón; todos los sufrimientos de los hombres se representan en su alma; su vida está repleta de alegrías sublimes, de nobles convicciones, de vicios orgullosos.

El sacrificio de sí mismo; esta es la más bella soberbia de la tierra.

¡Viva el hombre que sabe sacrificarse a sí mismo!

No hay más que dos formas de vida: pudrirse o quemarse. Los viles, los egoístas, prefieren la primera; los generosos la segunda.

Los que sienten el amor de lo bello sabrán donde buscar el esplendor de su grandeza.

Huecas y desoladas son las horas de la vida que el péndulo señala.

¡Arriba, pues! Llenémosla de nobles acciones, sacrifiquémonos y haremos su transformación en horas magníficas llenas de altaneras grandezas de orgullosos.

¡Viva el señor de sus deseos que sabe sacrificarse a sí mismo!

MÁXIMO GORKI

El palacio de la Paz

De la parte de allá de la humanidad, en aquel tiempo de su adolescencia, se alza la torre de Babel, dispersando a los hombres, que estaban unidos. De la parte de acá, acaba de erigirse en la apacible nación de la dulce reina Guillermina, el Palacio de la Paz que ha de juntar a los hombres dispersos. Verdad, Amor, Esperanza, Justicia, Paz, Caridad... Hay palabras que tienen alma, o que, a lo menos, tienen para las heridas de la nuestra, el poder balsámico del chorrear de las fuentes solitarias y la perpetua, inturbable quietud de los bosques amigos, que también parece como si la tuvieran.

Y la palabra *Paz* es una de ellas.

Difícil es afirmar cual y cuando será la aplicación a la realidad de tan augusto símbolo, y si a ra inmediato ó remoto el acuerdo positivo de esa evangélica congregación de naciones, con el propósito de clavar, como se decía antes, los cañones de sus ejércitos. Lo que sí es una evidencia que la idea de la paz universal está en el ambiente, que se ha filtrado siquiera sea de un modo fugaz en el pensamiento de los pueblos, y que para algo han ido a la portentosa fiesta inaugural de ese palacio de hadas todas las naciones del mundo con las banderas de sus antiguas guerras, como sacro voto que se depusiera en los altares de aquel templo resplandeciente.

El camino de las grandes ideas es siempre largo y penoso; sus primeros sembradores suelen ser mártires. Pero, paso a paso se llega; porque en la vida se llega a todo, por lejano que esté el punto hacia donde vamos: todo es cuestión de saber esperar.

Es posible que hoy eso de la *paz universal*, sólo esté en los labios de los soberanos y de los diplomáticos, mezclado con una leve sonrisa irónica; pero de generación en generación, la idea se hará penetrante hasta ganar el corazón y la voluntad de los regidores del mundo, y entonces, cuando tal vez la página del tiempo haya suavizado la cruda desnudez de los sillares del egregio palacio, los reinos y las repúblicas del orbe todo proclamarán bajo los techos de aquel recinto el odio a la guerra y colgarán sus sellos mayestáticos en el rollo semi-sagrado donde se contenga el juramento de la paz universal, asombrados de que hasta entonces hubiera persistido la idea diabólica de la guerra.

Por el solo impulso del tiempo la guerra va a ser luego un anacronismo, a lo menos en el mundo antiguo; porque ella es o bien producto de la agitación de las naciones en formación o resultado de las genialidades de un conquistador. Y ninguna de ambas cosas puede hoy provocarla. Lo primero porque en el viejo continente, antes existen naciones gastadas que pueblos nuevos ansiosos de constituirse. Lo segundo porque el poder personal está borrado ya del libro de los destinos humanos; tal vez, también, porque las grandes inteligencias y los grandes caracteres, han desaparecido, como la flora estupenda de los días bíblicos, para dejar sitio vacuo a la tribu de la medianía, que invade universalmente las artes, las ciencias, las letras, las armas, la religión y el trabajo.

Quedan todavía, es cierto, la ambición, que es la sed del orgullo, y la codicia que es el hambre de la estulticia. Pero una y otra son fuerzas viejas que no han de resistir el empuje de la idea nueva, de la idea redentora, que amanece radiante en el horizonte de la humanidad futura.

Recuerdo yo que en los tiempos de mi niñez todavía se resolvían o se trataba de resolver ciertas cosas del *patriotismo*, en las barricadas. Y aquello ha desaparecido para siempre; de tal manera que hoy, su reproducción nos causaría, cuando más, un efecto pintoresco, algo pueril, como la reproducción de un grabado al bojo, ingenuo e imperfecto, o la iluminación de una ciudad moderna con la lumbre de los tederos.

Es posible que en el fondo de ello existiera el latido del espíritu patriótico. (Nunca deja de invocarse la idea de la patria, cuando unidos a ella como de una maroma, hay que subir la cuesta de la vida tan áspera y dificultosa y tan llena de bestias rapaces). Pero es que la idea de patria, como todo, se modifica y evoluciona. Y aunque hoy tiene todavía sus estrecheces, sus ficciones y sus egoísmos, no es ya aquella patria que había que alimentar y sostener con sangre y glorificar con ruinas.

Ya no son las columnas armadas sino las columnas escritas las que sostienen las luchas; las diferencias de criterio no se discuten en las barricadas sino en los mitines: la palabra ha substituido a la pólvora.

Y el día en que se posesione plenamente de los entendimientos la convicción de que no está en las banderas chamuscadas y sangrientas el verdadero símbolo de la patria, sino en la gloria de los campos labrados, en el rumor de los talleres, en el silencio viviente de los laboratorios, aquel será el día en que resuene bajo los artesonados del Palacio de la Paz el verbo de la concordia universal y la sublime oración del Amor, a cuyo exorcismo han de huir para siempre los buitres que graznan el himno de la fuerza sobre los desolados campos de batalla.

No hemos de tardar grandes lustros en convencernos de que la guerra es una vergüenza humana, una fanfarronada lírica que se escribe con sangre y a la que dan cierta hinchazón de grandeza la elocuencia de los cañones y el valor, lastimosamente derrochado, de los ejércitos, y que nada puede haber que la legitime, entre otras razones porque con ella destruye el hombre cosas que no puede crear.

Creer que el derecho de legítima defensa es una causa de licitud para mantener la guerra como institución, es perpetuar el equívoco de una tradición: la tradición de la vanidad nacional, de esa vanidad que desde los puentes de sus castillos flotantes, proclama a los cuatro vientos el derecho de la fuerza y la sinrazón de los débiles.

¡Tan claro como está que la defensa no existiría sin el ataque y que ante todo hay que pensar en que el ataque no se produjera; o, mejor, que no pudiera producirse!...

A la paz universal ha de preceder el desarme universal (cosa, ciertamente, en la que nadie se atreve a profundizar, porque duele tanto abdicar de la magnificencia de las grandes escuadras y de los aparatosos ejércitos...!) y al desarme universal la institución del arbitraje, para que la sabiduría resuelva toda cuestión que hasta hoy había resuelto la violencia.

Porque, además, la guerra nunca produjo a los pueblos un beneficio moral o físico duradero: No hablemos de las guerras griegas, porque la magna civilización helénica tiene vuelto el rostro hacia el mundo antiguo. Pero Roma, que mira al mundo nuevo, lo que dejó inmortal no fueron sus conquistas sino su derecho y sus artes: los productos de la paz, no de la guerra. Sobre sus conquistas se formaron nuevas naciones, pero esas nuevas naciones conservan vivos sus códigos e imitan sus artes; Horacio vivirá más que Julio César y la herencia del Senado persistirá más que la de las legiones.

No hay más que fijarse en lo que ha sido esta monstruosa guerra de Oriente recién *terminada*, en la que perdió la vida un rey y casi la dignidad real otros dos reyes; en la que fueron sacrificadas centenares de miles de existencias humanas, arrasados campos, pueblos y ciudades, apestado el aire, sembrada a manos llenas el hambre y la miseria. Guerra en la que no está claro quién fué el vencedor y quién el vencido; armadas cubriendo un frente de batalla de cien kilómetros, asaltos salvajes en plena noche y en medio de tempestad, cuatrocientos cañones tronando pavorosamente días y noches enteros... ¿No se decía que aquellos ejércitos iban a la conquista del secreto de la felicidad y que después de ese delirio de muerte echarían rosas los acantilados, que las gotas del mar serían esmeraldas, plata en fusión la espuma de sus olas y que los súbditos de aquellos reyes ni sufrirían el tormento de nuevos dolores ni la esclavitud de nuevas necesidades? ¿No parece que iba a cambiar la faz de la tierra al disiparse las nubes de humo de las batallas y al secarse los charcos de sangre de sus llanuras, apareciendo una tierra rejuvenecida, fecunda y generosa, con emanaciones de salud externa para el ambiente y con senos ubérrimos, jamás agotados para sus hijos, que habían adquirido ya las cualidades de hombres perfectos? Porque el fin debe corresponder a los medios...

Pues, no; esa guerra fué para modificar unas curvas o ángulos de esos que llaman fronteras y cambiar de mano media docena de ciudades...

Y ese irritante quijotismo que despuebla el mundo y agota su vida y su alegría, no puede ser ley de los hombres, o mientras lo sea, todo el esfuerzo para el resurgimiento de los pueblos, será inútil, porque el pueblo que sueña con la guerra y de ella espera, lleva en sí mismo la fuerza destructora de toda prosperidad, como si llevara a cuestas el peso de una maldición.

S. TRULLOL Y PLANA

Desde el Brasil

En Río Janeiro, a pesar de la *rasia* de que están poseídos los detentadores del poder, el movimiento obrero continúa su marcha ascendente.

Del 8 al 14 de septiembre se celebró con gran éxito el Congreso Obrero, al cual asistieron compañeros delegados de las Confederaciones Argentina y Uruguaya, con cuya presencia quedó patentizado ante la burguesía el amor y la fraternidad que existe entre los proletarios sudamericanos.

Al abrazar un compañero del Brasil al delegado argentino, el público, que era numerosísimo, se desbordó de entusiasmo aplaudiendo frenéticamente y cantando La Internacional juntamente con los delegados.

Los resultados del Congreso, en el que se discutieron temas importantísimos, serán provechosos para la causa de la emancipación obrera, siendo la nota culminante los lazos de unión establecidos con el proletariado uruguayo y argentino, lazos de solidaridad tan necesarios en las próximas e inevitables grandes luchas sociales.

El citado Congreso ha marcado época entre los proletarios conscientes del Brasil.

El Corresponsal.

Río Janeiro

No acostumbramos a reproducir artículos de la prensa libertaria que se publica en España, porque suponemos que los diferentes periódicos serán leídos por los mismos compañeros; pero en la campaña que realiza el abnegado Marcelino Suárez, por lo altamente humanitaria, hemos de hacer una excepción, ya que nosotros, los anarquistas, somos los únicos capaces de hacer que se humanicen las fieras que—salvo honrosas excepciones—están encargadas de *regenerar* a los que caen víctimas de la defectuosa organización social.

Por eso reproducimos de *Acción Libertaria* el siguiente artículo:

En el Penal de Burgos

Si fuese la primera vez que me entero y preocupo de estas cosas y, además, me hubiese hecho la ilusión de que vivía en país civilizado, habría sufrido gran decepción y hubiérame indignado sobremanera al enterarme de los horrores que me cuentan en cartas que tengo sobre la mesa. Pero, acostumbrado a oir, ver, sufrir y denunciar las mayores infamias, no caben las sorpresas y resulta estéril hablar de indignación.

Hay en España leyes de protección para los animales cuadrúpedos, acuáticos y de pluma. ¡Qué digo! Hasta las hay para los árboles, siendo multados los que las infringen. Sólo el animal hombre, si es desheredado y por añadidura está preso, carece de toda protección. Y no es que en los códigos y leyes vigentes no haya preceptos favorables a los encarcelados y perseguidos. No. Es porque muchos de los que tienen la obligación de hacerlas cumplir faltan a sus deberes y juramentos.

Que esto es así lo está diciendo a voces mi prisión injusta y prolongada; lo está diciendo también el hecho de que el jefe de la cárcel de Pola de Lena, después de probársele tan graves cargos, por lo que le siguen sumario y expediente a la vez, continúa violando la correspondencia a los presos preventivos y cobrándoles cinco céntimos por cada carta, y si alguno carece de ellos se los descuenta en el desayuno; lo está diciendo asimismo ver que el terrible Santamarina, a pesar de estar sometido a expediente desde diciembre último, y suspenso de empleo, sigue cobrando sueldo de 3.000 pesetas y está para ser trasladado, con ascenso, de un día a otro... ¿A qué seguir más? Sería cosa de nunca acabar.

Pero demos de lado estas "menudencias" y vayamos derechos al objeto de este artículo, que no es otro que el de revelar lo que ocurre en el penal de Burgos, que hoy se halla convertido en un verdadero antro de inquisición y de tormento.

Para que el lector se vaya formando idea de cómo estará aquello, le diré que el actual director del citado penal, Celestino Fernández Bernabé, fué trasladado de Ocaña y Chinchilla con expediente, en el que le acusaron de quedarse con la menestra de los penados... Después estuvo en Santoña, y aquí, al parecer, hizo más, ya que, encima de comer parte de la menestra, se quedaba también con dinero de lo que el Estado paga para los ataúdes de los muertos. De la cantidad destinada para cada caja, que eran 15 pesetas, él sólo pagaba 6'50 quedándose con las otras 8'50 para sí (1). Cansada la población penal de Santoña de aguantar tan pesada carga, principió a protestar y viendo Celestino Fernández que las cosas se ponían feas para él, conmutó con el director del penal de Burgos, al que convirtió en seguida en cementerio de hombres vivos...

La crueldad de este hombre no tiene límites. Pareciéndole poco para atormentar a los presos las celdas de castigo, privación de alimento, vergajos, garrotes, grillos y demás instrumentos de tortura que constituyen un estigma infamante para las naciones que los emplean, ideó construir, fuera del penal, un departamento llamado "La Siberia", y colocó en él 22 cadenas para otras tantas blancas. Mas como su crueldad progresaba por momentos y su sed de sangre no se veía satisfecha con la rapidez que él deseaba, puso en la capilla del penal 32 cadenas más, a las que amarró al momento a otros tantos hombres. Y ahí tenemos a un lugar sagrado convertido en antro de tormento, con el visto bueno del capellán, el cual va muy tranquilo a decir la misa con aquellos 32 espectros a la vista (A su tiempo hablaré de este ministro de la *piedad* y de la *misericordia*, pues tengo tela cortada para su "traje", con gabán y todo.)

Los medios que emplea el director para cazar a las víctimas son vergonzosos. Enterado por los "aduloncs" de que el descontento en la población penal aumentaba de día en día por la mala calidad del rancho, del pan y por los injustificados y crueles castigos que imponía a diario, dio órdenes para que el pan se presentara peor todavía, al mismo tiempo que instruyó a unos cuantos "chivatos" para que excitaran a los demás penados a hacer plante, con objeto de escoger los que más se distinguían en la protesta y darles *pan de primera* para tres años.

Efectivamente, el pan que al día siguiente se dió a los presos estaba lleno de gusanos. Como el disgusto se acentuó, los "ganchos" cumplieron al pie de la letra su miserable papel de traidores, y el plante fué hecho el 28 de diciembre al coger el rancho de la mañana. Acto seguido bajó el director al patio, y les dijo:

—¿No queréis el pan?

—¡No!—contestaron unánimemente todos, distinguiéndose por su rebeldía, claro que simulada, los que ya saboreaban en su corazón de asesinos el destino que se les había ofrecido a cambio de aquella traición indigna que cometían con sus compañeros de infortunio.

Entonces, el director dió parte por teléfono a las autoridades, y pidió que le mandaran fuerzas. Poco después llegó al penal el presidente de la Audiencia. Pero como antes de presentarse ante los presos había conferenciado extensamente con el director, y éste se despachó a su gusto contra aquellos y le presentó pan de primera, diciéndole que era lo que comían los penados, fueron inútiles cuantas razones expusieron los "sublevados" al funcionario de justicia. Este les dijo que no tenían razón, que aquel pan era superior... y que si no se acordaban de los años 1904 a 1907, época en que existía la ronda de Vallejo, y nadie decía ni ¡pío! Para él, ahora todo eran quejas injustificadas...

No hay para qué decir que el director se frotaba las manos de gusto al ver que triunfaba en toda la línea con su plan siniestro...

A las cinco de la tarde, hora en que se formó la población penal para retirarse a sus dormitorios, se presentaron en el patio muchas parejas de la Guardia civil, mandadas por un capitán y un teniente, y acompañadas del director y de su ordenanza. Llevaba éste en la mano una lista de todos los que se habían quejado al presidente—unos cincuenta en nombre de todos—, los que al momento fueron separados de la fila y conducidos a "La Siberia", a las 32 blancas de la capilla y el resto a las celdas de castigo...

Lo que allí se pegó después fué horrible, espantoso. Las palizas se daban por la noche en "La Siberia", sitio en que, por estar apartado del penal, nadie oía los lamentos ni ayes lastimeros pidiendo auxilio de los pobres torturados. Como en "La Siberia" no había más que 11 blancas, una vez apaleados los que las ocupaban, los trasladaban a las blancas de la capilla y celdas de castigo, para llevar a "La Siberia" otros 11 y así sucesivamente.

¡Qué palizas no les darían que fueron numerosos los que precisaron un mes de cama y muchas frotaciones de sal y vinagre—única medicina que allí se emplea para curar las innumerables heridas producidas por las palizas—para reponerse!

El martirio de esos cincuenta duró cuatro meses, durante los cuales la población penal guardó completo silencio. Era que todos los presos estaban aterrados ante tanta barbarie y temían correr la misma suerte...

Pero el director aún no estaba ahito de sangre y preparaba, con ayuda de sus malditos confidentes, una segunda *expedición*. Confeccionada, pues, otra lista de 200 penados de los más conscientes y menos propensos a la chivatería y a la traición, el 22 de abril, o sea al mismo tiempo que levantaba el castigo a los cincuenta anteriores, llamó a su despacho a los celadores y les dijo: "A todos estos que aquí están apuntados quiero que les deis un buen escarmiento." A lo que la mayoría de los celadores contestaron: "Nosotros venimos aquí a extinguir una condena y no a servir de verdugos para nuestros hermanos..." Y el director replicó: "El que no valga para celador que lo deje." Entonces, un Judas le dijo: "Yo cuento con veinte amigos que valen para esto, y desde luego puede usted disponer de ellos para todo..." "Con vosotros me basta" —repuso el director—. Y expulsó del despacho a los que no quisieron ser verdugos de sus hermanos, y se quedó solo con los adictos, dándoles instrucciones de lo que debían hacer...

Otro día terminaré contando las hazañas de estos salvajes. Por hoy, me limito ya a decir, después de lo expuesto, que ofrezco [illegible] especial las cartas que [illegible] transcritas; advirtiendo [illegible] comprueban [illegible] gos, entre los cuales se [illegible] guosos empleados del penal [illegible] abofeteado por el director [illegible]

Cárcel de Alicante.

Reflexiones

Hay quien [illegible] combate el comunismo, de la misma manera que quien llamándose comunista combate el individualismo [illegible] tos unos como otros son lógicos en sus apreciaciones [illegible] del común de las gentes de talento.

Si somos anarquistas, somos individualistas, locos perdidos por el individualismo, somos comunistas.

El ser humano, caminando por ley natural, a la que no puede sustraerse, de lo simple a lo compuesto, necesita del aislamiento para el estudio, del que deduce su juicio respecto de las cosas que observa, de las que se hallan a su alcance. Este, es decir, el juicio que se forma, produce la necesidad de manifestarlo ante quien considera capaz de comprensión, ante el hombre culto, con el propósito de ver si se hallan de acuerdo en las apreciaciones que les sugiere la imaginación. Luego individualismo y comunismo son necesidades que han de satisfacerse completamente. La una produce la otra. Ambas son concepciones importantísimas para la vida de la humanidad; las que se precisan estudiar con detenimiento a fin de que, al tratar de ellas, no incurramos en errores que pueden ser, que están hoy ya siendo, fatales para el progreso de la humanidad.

Sólo o acompañado, siento la necesidad de trabajar o pasear en este o en otro lugar, y, discurriendo, hallo o no la forma de satisfacer esta mi necesidad. Si la satisfago, me ayudará a vivir; si no, un pétalo de la flor de mi vida se deslizará hacia el abismo de la muerte.

¡Y, así en todo!

Lo que hay es que ni una ni otra concepción debe utilizarse para cubrir desatinos de mentalidades enfermas o petrificadas.

Si procuramos hacernos [illegible] de lo justo, lo bueno y lo bello, seguro está que habremos de alcanzarlo por nuestro propio esfuerzo, ya que sólo a este precio nos está reservado.

Concertemos nuestras fuerzas para la lucha en pro de estos elementos que constituyen la esencia de la vida, que el porvenir no se nos negará. Estos, como seres alentados por una sola idea, la idea del vivir.

JUAN GALLEGO CRESPO

Córdoba.

Coeducación

Tratar de la obra pedagógica de Ferrer es hablar de la enseñanza racionalista, y voy a decir algo sobre uno de los puntos principales de la misma, de la coeducación o enseñanza mixta. Prueba de que Ferrer había reconocido la importancia de la coeducación es que en el programa de la Escuela Moderna, publicado en el primer número de su Boletín en 1901, se lee: "En vista del buen éxito que la enseñanza mixta obtiene en el extranjero, y, principalmente, para realizar el propósito de la Escuela Moderna, encaminado a preparar una humanidad verdaderamente fraternal, sin categoría de sexos ni clases, se aceptarán niños de ambos sexos desde la edad de cinco años."

Hay muchos que son contrarios a la coeducación, y ante los excelentes resultados que dicha enseñanza da en otros países donde se practica, oponen la diferencia de clima, que origina temperamentos distintos. La experiencia se ha encargado de demostrar que éstos eran escrupulosos fanfios; pues, en varios años que se lleva practicando aquí la enseñanza mixta en muchas escuelas racionalistas o laicas, no han resultado los actos de inmoralidad que sus contrarios presumían.

También hay quien opina que la instrucción de la niña ha de ser inferior a la del niño, que la mujer, con que sepa medio leer y escribir, algunas cuentas, labores de adorno y rezar, sobre todo rezar, tiene suficiente. Esta creencia no la tiene solamente el vulgo; algunos poetas y filósofos lo creen así también. Lord Byron, dice:

"Las mujeres deberían ocuparse en los quehaceres de su casa; se las debería alimentar y vestir bien, pero no mezclarlas en la sociedad. También deberían estar instruídas en la religión, pero ignorar la poesía y la política; no leer más que libros devotos y de cocina."

Schopenhauer, tratando también de la mujer, dice:

"La mujer no está destinada a las empresas grandes. Su característica no es obrar, sino sufrir. Paga su deuda a la vida con los dolores del parto, con los cuidados de la infancia y con la *sumisión al hombre*. La mujer está destinada a cuidar y educar a los niños, porque, pueril como es, parece un niño grande, una especie de intermediario entre el niño y el hombre."

(1) Trabajo leído por su autor en la reunión celebrada en el Ateneo Racionalista, con motivo del cuarto aniversario del fusilamiento de Ferrer.

---

(1) Con ser esto tan grave, lo es más aún lo que ocurre en Chinchilla. En este penal se entierra sin caja a los presos muertos. Y supongo que el director no dejará de percibir del Estado muy religiosamente, la consignación necesaria para los ataúdes. ¡Oh, la honradez del cuerpo de prisiones!—*M. S.*